

El Ángel Bueno

Juan José Cabedo Torres

Abril de 2005

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

*Temos todas duas vidas:
A verdadeira, que é a que sonhamos na infância...
A falsa, que é a que vivemos em convivência como outros*

Fernando Pessoa

La Vía Láctea, El discreto encanto de la burguesía y El fantasma de la libertad (...) hablan de la búsqueda de la verdad, y de que es preciso huir en cuanto uno cree haberla encontrado...

Luis Buñuel

Quizás si el sábado no hubiera amanecido radiante, casi transparente sobre las azoteas después de tantos días de mal tiempo Elena habría seguido en Babia. La gente hablaba en la peluquería del cambio climático y de la capa ozono con palabras técnicas y con la familiaridad con que se comenta la boda de un príncipe o el incendio de un rascacielos. Cualquier tema de conversación es bueno con tal de no enfrentar el silencio. La gente hablaba y hablaba, pero Elena hubiera preferido que siguiera lloviendo, así el universo no se habría conjurado contra ella y podría seguir viviendo bajo el paraguas de una feliz ignorancia.

Sin embargo, la verdad se había presentado inesperada como una bofetada. El impacto le había vuelto la cara hacia el pasado, que desfilaba ante sus ojos confuso y desordenado. A Elena no se le ocurrió aprovechar el trance para buscar las claves que hacen que de repente las piezas de un rompecabezas encajen, pues no creía que la vida la trajera a la situación actual por pasos contados. No. Elena se movía por instinto, y su instinto le decía que lo único que podía amortiguar el dolor era cerrar los ojos a la realidad y refugiarse en la calidez de las hipótesis.

Quizás si en septiembre no se hubieran abierto las compuertas del cielo, si las nubes que atraviesan el Océano no hubieran descargado en la tierra, si la lluvia no se hubieran propuesto borrar los límites de los objetos, si el agua no hubiera penetrado en las almas hasta reblandecerlas por dentro.

Elena imaginaba lo vivido como una intersección de caminos que se andaban y desandaban a voluntad. En cada cruce había que elegir, y cada elección conducía a la larga a un presente distinto. Su mente generaba esta imagen de forma automática. Era una imagen muy antigua, una de las primeras que recordaba. Probablemente la había forjado en la infancia, camino del colegio. Si en vez ir por la calle del Comercio tomo por Fundadores -pensaba-, a lo mejor me encuentro con Lucía en vez de con Ana. Si me hago amiga suya me presentará a su hermano.

El hermano de Lucía era un chico muy guapo que estudiaba Farmacia. ¿Cómo se llamaba? Elena destejó su vida y volvió a tejerla con otros mimbres. Esta vez no se casaba con Paco, sino con el hermano de Lucía. Seguramente en esta otra vida nunca llegaría a sentirse tan sola, tan estúpida, tan enamorada.

Elena siempre se había defendido de las realidades no deseadas a golpe de imaginación. Si hubiera ido a la fiesta en vez de quedarse en casa, si hubiera contestado a la carta, si se hubiera dejado besar en el portal aquella tarde de domingo después del cine, quizás entonces, quién sabe. El dolor emana de los hechos como un fulgor transparente que se refugia en los portales. Elena pretendía engañarlo con hipótesis, pero el dolor se las sabía todas y se filtraba por cualquier resquicio. Aún así Elena insistía. Cualquier cosa antes de mirarse de frente en el espejo cruel de unos hechos que le devolverían la imagen cabal de sí misma.

Quién sabe qué hubiera pasado si no hubiera llovido tanto, si el alba del

sábado no hubiera clareado inesperadamente el cielo recién tendido en la madrugada.

Cuando se agotaron las hipótesis, Elena se aferró a la superstición de los detalles, como si una alteración imperceptible en el desarrollo del tiempo genera una onda capaz de cambiar el precario equilibrio de los acontecimientos. Alguien le había hablado del efecto mariposa, y se agarró a él como un náufrago. El sábado tenía que haber elegido el vestido rosa en vez del estampado, debía haber salido un poco antes, pero se le olvidaron las acuarelas, a lo mejor si hubiera saltado de la cama con el pie cambiado, a lo mejor, quien sabe.

La vida le había vuelto la cara de una bofetada, pero Elena seguía sin querer abrir los ojos. Miró hacia dentro y desanduvo el tiempo hasta toparse con una niña complaciente y perfecta. La niña Elena siempre hacía los deberes con aplicación y buena letra. Sin duda ésa era ella. Todos la quieren, por su solicitud y obediencia. La niña creció ante sus ojos y se convirtió en una adolescente responsable y modosa que estudia mientras otras beben y se drogan. Elena se casó virgen porque era lo que se esperaba de ella. Si ella había hecho su parte, ¿por qué ahora la abofeteaban?

Abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos para seguir buscando el detalle que había desbaratado el plácido transcurrir de las cosas. Si lo encontraba todo volvería a su ser y sería como si nada hubiera pasado. Si no le hubieran quemado las tostadas, si la luna no hubiera estado en conjunción con Venus, si no hubiera llovido tanto, si el sábado no hubiera amanecido radiante, casi transparente.

Elena se acurrucaba en los rincones de los recuerdos que su mente falseaba hasta adaptarlos a su imagen y semejanza. Si insistía lo suficiente con las hipótesis, al final la realidad se reblandecía por unos instantes y la podría moldear a su gusto. Elena se sumergía en sí misma, pero la verdad, implacable como una mancha de tinta, le obligaba a asomarse de nuevo a los ojos en una pleamar de lágrimas.

¿Cuánto tiempo había estado conduciendo? Era evidente que en algún momento se había montado en el coche, pero no recordaba los detalles. Su atención se centró en el cuadro de mandos. Elena regresaba al presente desde un abismo de desasosiego y se encontraba con el corazón partido y las manos en el volante. Frente a ella, un semáforo.

Elena movió el espejo con un gesto que había automatizado la costumbre y observó su rostro. Se le había corrido el rimmel y el cerco alrededor de los ojos le daba un inequívoco aspecto de mapache. Alargó la mano con otro movimiento mecánico y encendió la radio. Alguien cantaba *Fai un sol de carallo*. Elena sonrió con la comisura de los labios y se agachó para contemplar el cielo sobre su cabeza. Si pudiera pensar pensaría que en este mundo tan extraño siempre es necesario que alguien confirme lo evidente.

El semáforo cambió al verde y Elena arrancó. Cogió el carril central de una avenida desconocida y dejó que el tiempo se remansara suspendido de una pestaña. Por su memoria empezaron a pasar imágenes involuntarias y sensaciones antiguas súbitamente resucitadas. Su vida se había derumbado, pero el instinto de supervivencia le decía que era preciso encontrar un nuevo sentido entre tanto desastre. Su mente volvió a generar recuerdos desordenados y sensaciones confusas. La tarde de primavera en el parque, el olor de la pastelería a la salida del colegio, la lluvia de septiembre, el rubor en la mejilla después de un beso. Elena barajaba los episodios e intentaba hacerlos coincidir de nuevo en un secuencia aceptable, pero los fragmentos de su vida no se dejaban de armonizar en estos momentos. ¿Con qué hilo invisible se hilvanan los retazos de una existencia cuando se quiebra el espejo?

Quizás si aquel sábado de abril no hubiera amanecido radiante, casi transparente, a nadie habría ocurrido pasar el día en la playa. Elena pensó en el apartamento vacío durante el invierno. En su imaginación se levantó un viento que arrastraba el salitre del mar y dibujaba en los cristales caprichosas siluetas de peces abismales.

El viernes todavía llovía, pero el sábado las nubes desaparecieron y los rayos del sol iluminaron la tierra como en las viejas estampas de la *Biblia*.

Paco saltó de la cama, apartó el visillo con dos dedos.

-¿Te apetece que vayamos a la playa?

Elena se arrebujo en la sábana y se demoró en la somnolencia de la duermevela. A través del tabique llegaba en sordina el bullicio de los niños.

Elena se desperezaba. El sol que brillaba en el cielo se tableaba en la persiana y empezaba a circular por sus venas. Los niños entraron corriendo y saltaron sobre la cama.

* * *

-Mamá, ¿dónde está el bañador de la jirafa?

Cristina revolvía los cajones del armario. Miguel luchaba por ponerse el pantalón y ya había cogido el cubo y la pala. Paco se había subido a la escalera y observaba la mancha de humedad que había salido en el techo del salón. Elena limpiaba los cristales.

-El agua se ha colado por el cable. Voy a desenroscar la bombilla, por si acaso.

Bajaron a la playa. Los niños se quedaron en la orilla haciendo un castillo.

-¡Está fría!,- se asombró Miguel. Para él las estaciones aún no existían y el tiempo era un prolongado y cálido verano.

Paco y Elena pasearon descalzos hasta el rompeolas. Se sentaron en una piedra y fumaron un cigarro. Luego subieron a casa.

-Directos al baño, -ordenó Elena a sus hijos.

Paco preparó el aperitivo en la terraza. El sol iluminaba el mar, calmo como una delgada lámina de plata. Algunos barcos habían salido del club náutico y navegaban hacia el faro. Elena se acodó en la baranda. La brisa le acariciaba la cara.

-Voy a sacarlos del baño.

Les estaba enjabonando cuando sonó el timbre de la puerta.

-¿Puedes abrir tú, cariño?

Cristina hacía olas y Miguel buceaba. A Elena le llegaban las frases del recibidor diluidas en los gallos con que algunas personas expresan la alegría del reencuentro. Aguzó el oído y reconoció la voz de Nuria, la vecina del cuarto.

-¡Qué sorpresa! ¿Cuándo habéis venido?

Elena envolvió a los niños en las toallas y los vistió con un chándal. Antes de salir se miró en el espejo. Retocó la raya del ojo y repasó el rimmel de las pestañas. Se puso una blusa blanca y entró en el salón sonriendo. La vecina charlaba animadamente con Paco. Se había sentado en el borde del tresillo, con las rodillas juntas y las piernas levemente inclinadas. El sol de primavera se colaba por la terraza y reverberaba en el aparador. Las dos mujeres acercaron las mejillas y movieron los labios para besar el aire. Primero un lado luego el otro.

-Chica, qué bien te veo, -dijo Nuria.

Elena retrocedió medio paso, colocó las manos en las caderas y ladeo la cabeza con un gesto algo torero que se contagió de inmediato a la cadencia de la frase.

-Tú eres la que estás estupenda. Has adelgazado, ¿verdad?

No era verdad, pero Elena se esforzaba por ser una anfitriona atenta, de esas que cuando no tienen algo agradable que decir, se callan. Instintivamente miró su propio perfil en la cristalera de la terraza, que le devolvió una silueta transparente como una huella digital.

-Pero siéntate, mujer. ¿Queréis que ponga un poco de música? -Por mí estupendo, -dijo Nuria mientras se acomodaba de nuevo en el tresillo con las rodillas juntas y las piernas levemente inclinadas.

-¿Qué queréis oír?

-Sorpréndenos, -dijo Paco.

Elena se acercó al aparador donde agonizaba un tocadiscos arrumbado en la segunda residencia por los últimos ingenios mecánicos. Viejos vinilos de fundas gastadas se alineaban en el estante. Elena dudó entre Simon y Grafunkel y Paul Anka. Finalmente eligió *El puente sobre aguas turbulentas* con un punto de dulzona nostalgia. Sacó el disco de la funda y levantó la tapa del plato. Iba a decir lo agradable que resultaba esta mañana de sábado después de tanta lluvia, pero las palabras se negaron a salir de la garganta. El tiempo se detuvo un instante para que Elena verificara que la imagen reflejada en la tapa del giradiscos era real, que sus ojos no la engañaban.

-Pero si le está tocando el culo.

Elena puso el disco y con la misma inercia cerró la tapa. Las siluetas resbalaron del plástico como una baba. El sol siguió su curso, ajeno a las turbulencias humanas. Cuando se dio la vuelta Paco y la vecina habían recuperado la compostura y charlaban de cursos de vela y de arroces abanda.

Salió del salón sin decir nada. Buscó el bolso, metió las llaves y bajó la escalera como un autómata.

IV

Elena observó la curva del volante sobre el salpicadero. Había orillado el coche en la carretera y se miraba las manos como si las descubriera en ese instante. Su mente fabricaba una hipótesis tras otra, pero el presente seguía ahí, inmovible y tenaz como una vieja raíz de olmo. Quizás si el sábado no hubiera amanecido radiante, casi transparente, si hubiera seguido lloviendo, no habrían ido a la playa y entonces no habría visto a su marido metiéndole mano a la vecina. Quizás.

-Hay que ser idiota. ¿Cuánto tiempo habré estado en Babia?

Elena pensó que la verdad no debería imponerse por su cuenta a los que, como ella, prefieren vivir en la inopia.

-Es una falta de consideración y de respeto.

La pareja de la Guardia Civil aparcó en el arcén. El cabo descabalgó la motocicleta y levantó la parte delantera del casco. Luego se inclinó sobre la ventana, pero no dijo nada, simplemente descalzó el guante de la mano derecha y le enjugó las lágrimas. Los dedos se movían sobre la piel con delicada ternura, y Elena sintió que la acariciaba un ala. La mano bajó hasta el cuello y se deslizó bajo el pelo. Elena cerró los ojos. Una sensación de alivio le subió por la espalda. Cuando los abrió, giró la cara y sonrió. El guardia civil se había calzado el guante y la observaba. Antes de irse levantó el dedo índice y ordenó:

-Ahora circule, y conduzca con más cuidado.

Juan José Cabedo Torres